

24 Jul 1914

*EL descubrimiento de América, no solamente tiene la alta significación material de haber completado la geografía del globo, sino que, al hacer de esta porción del mundo un receptáculo de humanidades, ha venido a mostrarnos un aspecto espiritual, un matiz nuevo en el alma colectiva, brotado por la asombrosa transfusión de las razas. La América que descubriera el genovés, nos seguirá apareciendo, gracias a su espíritu distinto a todos los continentes, como algo que había menester la humanidad para revelarse por completo. Por eso, el Nuevo Mundo no sólo ofrece el campo de sus enormes riquezas, de la extensión fértil y asombrosa de sus campos de cuyos vientres prolíficos pueden salir simientes para alimentar a todos los hombres de los dos hemisferios. Ofrece también, paralelo a su riqueza mate-*

*rial, un sér íntimo, grande y complejo, una completación del viejo espíritu de la tierra. Acaso los tesoros que llenaron un día el arca de aquella otra Roma dominadora que se llamó la España de Carlos V y de los Felipes, sean tan abundantes como los que en otro orden más alto, dará el alma americana, al traducirse, como ha empezado a verificarlo, en las letras y en las ciencias humanas. Su destino, al realizarlo, prestó el punto de apoyo a mil razas que se buscaban para fundirse y formar un todo armonioso, de donde saldrá, de donde está saliendo, quizá la más alta a la par que más fuerte civilización universal.*

*La América, pues, no sólo faltaba para completar la tierra. Su descubrimiento implica una base que se busca para amalgamar razas antes dispersas y aun enemigas a fin de que, unidas, dieran de sí, de lo mejor de sí, una síntesis de energía y de pensamiento que no hubieran podido dar por separado. ¡Ecléctico étnico éste que no se ve de un*

*extremo a otro de la historia! Los que ha habido, aun cuando algunos dieron un tipo de civilización a los hombres, no pueden tener la trascendencia ilimitada que ofrece América. Las yuxtaposiciones de razas que formaron algunas partes del Asia y de Europa terminaron las más en el afeminamiento de los todos componentes, algunas en incoloridades espirituales y una que otra, y en el carácter de excepción, en unidades de medida de la cultura colectiva. Pero la cortedad de espacio de estas últimas impidió que alcanzaran una trascendencia mundial. Falta la inmensidad de un continente, y América la dió. Así, la historia cuenta ya con uno de los fenómenos, con el fenómeno más sorprendente de la cristalización secular de las razas.*

(Centro América. Guatemala.)



# La guerra

Un problema del porvenir

La poderosa resistencia prusiana está demostrando que el factor hombre, acaso más que el factor económico, será el que en definitiva venga a decidir el conflicto europeo. En otras palabras, el único argumento posible—dada la preparación germana— es el argumento primitivo de exterminio. Empero, como muy bien dice el proverbio, quien da, recibe; y el exterminio diario de vidas impone a los beligerantes la necesidad de llenar los claros en sus ejércitos. Europa pierde cada día miles de hombres. ¿Cómo reponerlos? Tal es el problema del porvenir. El número de mujeres excederá al de hombres, de una manera no imaginada, cuando llegue la hora de la paz; y si las costumbres y los principios que rigen la sociedad moderna han de prevalecer después de la guerra, a



las mayores dificultades económicas se sucederá una creciente disminución en los matrimonios, y por ende en los nacimientos.

La menos prolífica de todas las naciones beligerantes ha sido la Francia. Inglaterra (sin contar los dominios) ha ocupado el segundo lugar en esa escala descendente. Corresponde a Alemania el tercer lugar, y Rusia ha sido la más prolífica de todas. Alemania sentirá, con mayor intensidad que las demás naciones, la falta del factor hombre. Muchos de los que tengan la suerte de no caer en las fauces de Moloch, en esta lucha gigantesca, emigrarán a América. Tal es el problema. ¿Cómo resolverlo? Algunos profesores alemanes empiezan a insinuar la idea del reconocimiento legal de la bigamia para remediar el desastre. Quienes, desde el retiro de sus gabinetes de estudio, juzgan empíricamente de los problemas sociales, bien pueden creer en la eficacia de este remedio; pero hay que tener en cuenta que la poligamia—a esa conclusión llegaron los sociólogos hace mucho tiempo—no fué abolida en Europa sólo por razones sociales o

morales. La monogamia se impuso por razones económicas, y no es probable que Alemania cuente, después de la guerra, con muchos ciudadanos ricos que se resuelvan a sostener serrallos para crecer y multiplicarse en bien de su patria. Con todo, si la falta de escrúpulos que ha caracterizado al elemento militar de ese país se extendiera a las demás clases sociales del Imperio—o de lo que quede de ese Imperio—acaso se decreten algunas recompensas para quienes presenten pequeñuelos al Estado, sin averiguar su procedencia. Se dirá que Francia no se hallará en mejor situación que Alemania, tanto porque ha sido mayor su sacrificio como porque el problema de la despoblación la atormentaba desde antes de la guerra. Es verdad; pero ningún profesor francés ha propuesto todavía el remedio sugerido por los profesores alemanes. Los hijos de Francia sabrán resolver este problema con la misma abnegación con que se han sacrificado por la patria. A su hora sabrán hacer también el sacrificio por la familia, sin apelar al desesperado recurso de echar por tierra las bases del hogar como lo entien-

de la civilización moderna. En Inglaterra se piensa ya seriamente en que el Estado decreta auxilios para las mujeres que quieren emigrar a los Dominios; y es seguro que, tanto desde el punto de vista social, como desde el punto de vista político, el celibato sea considerado antipatriótico, como la más alta manifestación del egoísmo. Acaso expida el Parlamento una ley de servicio matrimonial obligatorio, ley que nada tendría de objetable si el Estado decidiera también dotar, paternalmente, a los cónyuges.

ENRIQUE PEREZ.

(*El Marconigrama*. Londres.)

---

*Distinguir el derecho individual del derecho público, lo que es esencial al individuo de aquello que todavía necesita la sociedad, es el gran debate de los pueblos modernos; pero esa controversia recae tan sólo sobre puntos de detalle; el principio reconocido y triunfante es que los gobiernos son limitados y que el objeto primero de la sociedad política es la libertad del hombre.*

SALVADOR CAMACHO ROLDAN

# Mauricio Maeterlinck

El filósofo y el poeta

## I

### PALABRAS PRELIMINARES

¿Qué quedará tras la guerra de toda la literatura que la precedió? ¿Qué de ese arte eléctrico y multiforme en que cupieron desde las enfermizas exquisiteces de los decadentes franceses hasta las obras acres y fuertes de los rusos? ¿De todo el florecimiento literario, rico en variedad de estéticas y modalidades espirituales, qué obras, qué escuelas, qué autores se salvarán para guías que nos marquen nuevos derroteros? ¿Hemos vivido realmente una decadencia, y de esta civilización no se sostendrá luego en pie sino lo que resta de otras portentosas civilizaciones que fueron?

Pasamos, en las horas de misteriosa incubación de la tragedia, por momentos de una intensidad cerebral que lindaba con la clarividencia; ahora, si esta intensidad era pleni-



tud o fecunda madurez, o más bien excitación de la locura, eso, cuando pase más tiempo y el mundo haya recobrado su serenidad, podrá saberse; hoy, aún nó. Lo indudable es que las escuelas artísticas se sucedían con vertiginosa rapidez, que a cada momento surgía "un hombre" y "una obra". Claro que mucho de esto era sustancial, que la facilidad de la vida moderna ayudaba a darse a conocer y que la moda y el "snobismo" tomaban parte en los éxitos literarios; pero aun quitando muchas cosas y poniendo otras a cuenta de corrientes determinadas, quedan firmes multitud de obras maestras. Anatole France, Barrés, Mirbeau, Bourget, Prevost, Bernstein, Hervieu, Bataille, Lorraine, Paladan y muchos más, no citando sino los novelistas y dramaturgos que escriben en lengua francesa, tenían su escuela, su tendencia y aun su teoría de arte. Y si esto lo aplicásemos a la literatura universal, sería cosa de nunca acabar. Los novelistas franceses, rusos, ingleses y norteamericanos; los dramaturgos suecos y alemanes, los poetas.....

Con un estremecimiento de pena pensamos si todo ese arte, como otros artes portentosos que fueron, dejará de ser; pero por muchas proporciones que adquiera la hecatombe, siempre se salvarán algunas obras cumbres: D'Annunzio, Ibsen, France, Sudermann,

pase lo que pase, sobrevivirán y, entre ellos, triunfará el más alto filósofo-poeta, Maeterlinck.

## II

### EL POETA

Antes de 1889, en que el estreno en París de su drama "La Princesa Meleine", que Mirbeau reputaba como una de las más bellas obras que ha producido el ingenio humano, "superior en belleza a todo lo que hay de más bello en Shakespeare" (palabras del autor de "Dingo" en "Fígaro"), Mauricio Maeterlinck había publicado un tomo de versos, "Les Serres Chaudes".

En este libro, un poco incoherente y extraño, vivían en embrión ideas que eran como los gérmenes de todas las futuras obras. Tenía como una incongruencia infantil, la incongruencia de un niño genial que entreviese una serie de símbolos a medio adivinar y que, calenturientemente, fuese explicándolos. Sin embargo, entre estos oscuros símbolos a veces triviales, a veces profundos, como los versículos de San Juan de la "Apocalipsis" dominaban algunas imágenes que con el tiempo, agrandándose y aclarándose, según el poeta se acercaba con paso firme al misterio, son las ideas fundamentales de algunos de sus mejores dramas.

El poeta de "Les Serres Chaudes" ha vivido después siempre al través de todas las obras del dramaturgo y el filósofo. Hay en cuantos dramas escribió una poesía altiva y desolada, en sus personajes un valor cándido y resuelto de niño decidido a afrontar al dragón, que es, elevándolo, como un símbolo de la vida humana ante el misterio cuando la vida humana está sostenida por la fe, el amor o un alto y noble sentido del deber.

¡Ah, la valerosa nobleza de sus heroínas, que luchan con una serenidad desesperada y que cuando se pierden en el bosque buscan la luz que ha de guiarlas "dentro de sí mismas"! Saben que la fatalidad les acecha, y, sin embargo, creen que hay en su corazón una fuerza hecha de debilidad y de dulzura más fuerte que la fatalidad.

### III

#### EL DRAMATURGO

Para echar una mirada, aunque sea muy breve, al Teatro de Maeterlinck, hay que ver, ante todo, las características de su dramática. Son éstas enorme profundidad oculta tras las vaguedades del símbolo, penetración que, llevando más allá de la vida, llega a los límites de la adivinación, y sencillez rápida y violenta de técnica, una sencillez casi infantil,

ayudada por constante cambio de lugares, y una violencia de procedimientos que recuerda el Teatro inglés del siglo de Shakespeare. El mismo nos dice en el prólogo de la "Annabella", de John Ford, cómo ama ese misterio y esa técnica pueril. Habla de aquella época y dice: "Nos hallamos en el centro de uno de los períodos de belleza más tumultosa y loca, de una belleza de mar. Porque se trata efectivamente del mar, del más hermoso y terrible océano que se ha estrellado jamás contra los acantilados de la vida diaria".

Hay otras características, pero más fáciles y asequibles a todos, en su obra teatral. Entre ellas se destaca lo que pudiésemos llamar fuerza desconocida de la Naturaleza, algo que pudiéramos calificar como "la armonía entre los acontecimientos, nuestro estado de ánimo y las fuerzas vivas del Universo." El Teatro de Maeterlinck, que comenzó con "La Princesa Maleine" y que en todo su primer período parece ir a la estática—"La mort", "La intuse", "Les avengles" va evolucionando luego con "Monna vanna" y las obras que la siguen hacia un Teatro más real, pero conservando siempre él la profundidad de ideas y la poesía de un heroísmo cándido.



## IV

## EL FILOSOFO

Breves han de ser las consideraciones que haga respecto al fondo filosófico de la dramática de Maeterlinck y sus estudios especiales de metafísica. Ha escrito sendos prólogos a traducciones de Emerson, de Novalis y de Ruisbrok, el Admirable, prólogos que son notables estudios en que la mirada sagaz y cristalina del autor belga se sume inquisidora, ya en el suave panteísmo del filósofo americano, ya en la espesa neblina esotérica que envuelve al novelista alemán, ya en las adustas y diáfanas excelsitudes del místico flamenco. Esos tres estudios aparecen con otros muy interesantes—tales como “El despertar del alma”, “Los advertidos” “El trágico cotidiano”—en el hermoso libro “Le trésor des humbles”, que debiera ser el libro de horas y como el breviario de todas las almas sedientas de misterio. Otros libros vinieron después, todos muy profundos y edificantes. Si pudiésemos extractar fácilmente en unas líneas la dirección peculiar de la filosofía de Maeterlinck, encasillándola en términos de clasificación que casi siempre son arbitrarios, diríamos que es determinista, posibilista y místico a un tiempo.

Pudiera parecer paradoja el acoplamiento de estos adjetivos; no lo es si se examina cuidadosamente su significado. El determinismo informa la acción de sus dramas, en los cuales las personas que en ellos intervienen son almas, símbolos de seres desligados de toda envoltura corpórea, movidos de un lado a otro por hilos invisibles, resortes incógnitos, fuerzas desconocidas, recordando en esto el trágico "ananké" de los helenos. Su mística es un misticismo "suigeneris" lleno de insinuaciones, de lejanías, de dulcedumbres, de arrobamiento. Cree en un espíritu del mundo, en un alma universal; como Emerson; en un "yo" trascendental, como Novalis, y, sobre todo, vésele a cada paso inquiriendo el misterio de la realidad. Más este misterio es relativo y aquí apunta su concepción positiva del Universo; es misterio en cuanto no es conocida, "pero no es incognoscible"; viene de un conjunto de causas ocultas a nuestra vista, pero fatales como leyes mecánicas. La ley de gravedad fué un misterio hasta Newton. Existe, pues, para él el misterio objético, pero no el subjetivo. Resultado de estas facetas de su espíritu es una luz tenue, suavísima, que parece venir de los confines de la inteligencia, nos obsesiona y hace llegar hasta nosotros las frases rítmicas y misteriosas de poesía como en un éxtasis.

El último libro publicado por Maeterlinck antes de la guerra fué "La mort". En realidad toda la obra no era sino una enorme y angustiosa interrogación ante el misterio del no ser. Teorías, tanteos en la sombra de las religiones y de las sectas, supuestos.....Pero, a decir verdad, faltaba en sus páginas la misteriosa serenidad digna de un Santo Asís de "Le tesor des humbles" o de "Le temple enseveli". Era los intentos del hombre para arrancar su secreto al más allá. Sin poderlo remediar, me lo imagino como un drama materliniano. Los humanos han hecho cara a la muerte; ya no la temen; van a ella contentos; el éter, la morfina, el opio, todos los placeres prohibidos les llevan por sendas de flores hasta la puerta de bronce que se abre negra y amenazadora. Allí, el hombre formula, con un vago estremecimiento de miedo, su pregunta: "¿Qué hay tras de tí? ¿Qué vive en tus tinieblas?" Pero la Muerte adivina que el hombre tiembla aún, que es una superchería en que se engaña a sí mismo, tratando de arrancarle su secreto, y permanece muda, silenciosa, sombría, impenetrable.

Yo quisiese que hubiesen pasado muchos años y Maeterlinck nos diese su libro mejor, su libro sobre la guerra. Pero para eso haría falta que el tiempo fuese borrando odios, rencores, enemistades, que las heridas estuviesen



cicatrizadas y las ciudades reconstruídas y en las praderas belgas se abrieran los campos de tulipanes. Entonces el maestro podría decirnos: "Un día, cuando los hombres se desgarraban como alimañas feroces....."

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Madrid, enero — 1917.

(*La Revista*. Caracas.)

## Oración de la mañana

**S**eñor: *Entre la niebla mañanera  
vi despertarse al mar esta alborada,  
mostrando su llanura dilatada  
turbia y fría, doliente y plañidera.*

*Vi después en la flor de la ribera  
la gota de rocío aposentada,  
hecha sol donde en roja llamarada  
el rayo de tu gloria reverbera.*

*Humilde quiero ser: cabe tu arcano  
sólo el humilde, en prócer señorío  
luz y gracia recibe de tu mano;*

*que es amor tu gigante poderío  
y has querido negar al Oceano  
lo que diste a la gota de rocío.*

ALBERTO L. ARGÜELLO

(*Revista Castellana*. Valladolid.)



## Dos puntos de vista

**P**OR qué—me pregunta uno de los lectores de esta revista—, por qué ha tomado usted partido en esta guerra, usted que tanto se ha esforzado en elevar sobre todos los temas su punto de vista por encima de pasiones y prejuicios? ¿No sería lo propio de un hombre superior alzarse, al modo de Romain Rolland, “por encima de la reyerta” y poner su pluma no al servicio de la victoria de una u otra causa, sino de la paz universal?

La pregunta es muy halagüeña para mí, aunque parte de una mala inteligencia. El cronista no se tiene por hombre superior; menos aún, tampoco aspira a llegar a ser nunca hombre superior. Aun menos. Tampoco cree legítima la aspiración a ser hombre superior. No hay ni puede haber hombres superiores. Los hombres, con la sola excepción de los farsantes, serán siempre ordinarios. Hay hombres ordinarios que hacen, ocasionalmente, cosas superiores; los hay que dedican su vida a fines superiores—esta es la acepción etimo-

lógica de la palabra clero—: pero tampoco dejan de ser por ello ordinarios mortales. Querer ser hombre superior es querer ser ángel, y ello es pura soberbia. Y decir que se ha escalado una posición emplazada “por encima de la reyerta”, es proclamarse hombre superior, lo cual no es sólo inmodestia, sino, además, mentira. Se podrá estar fuera de la reyerta o dentro de ella, más “por encima de la reyerta actual” sólo pueden estar los que la contemplan desde el cielo.

Ahora bien: yo no pregunto a los que están fuera de la reyerta por qué están fuera de ella, porque la pregunta no tendría gran sentido. Uno está fuera de una cosa porque está fuera de ella, y se acabó la investigación. La mayoría de las disputas humanas le sorprenden a uno necesariamente de la parte de fuera. Tengo una vaga idea de que el Congreso de los Diputados ha discutido recientemente el arriendo de las minas de Almadén. Pero me he quedado de la parte de fuera. No sé si la razón estaba con el señor La Cierva o con mi amigo el Sr. Alba. En el asunto de las minas de Almadén soy completamente neutral, porque soy ignorante. En el noventa y nueve por ciento de los casos la neutralidad procede de ignorancia.

Esta ignorancia es inevitable. Cada hombre se consagra a sus ocupaciones y a su fa-

milia. ¿Cómo vamos a exigirle que las abandone para dedicar su tiempo a todas las infinitas disputas que surgen en el mundo? Ni aunque lo hiciera lograría fundar pasablemente una opinión, más que sobre unas cuantas pocas cosas. Todas las otras las dejaría a la polémica de las personas entendidas.

Así que cuando un neutral neutralista dice lo que suele repetir el presidente Wilson: "que no sabe por qué ni cómo estalló la guerra"; no necesito hacer el menor esfuerzo para comprender su punto de vista. Es el punto de vista del espectador que ve a distancia pelearse dos hombres, y que no sabe por qué se pelean ni quién agredió al otro. Llegan a sus oídos desde lejos las razones que ambos alegan para excusar sus golpes; pero llegan confusas, apenas visibles en el humo de la pólvora, apenas oíbles en el estampido del cañón.

La ignorancia involuntaria no es un pecado sino cuando el ignorante tiene el deber moral de dejar de serlo. El presidente Wilson, por ejemplo, tiene el deber de no ser ignorante del por qué y el cómo de la guerra europea. Pero el lector que no sea estadista ni profesional de los estudios internacionales no tiene los mismos deberes que el presidente Wilson, y si me dice que no sabe por qué se está peleando, no tengo na.



da que objetarle, y si me dice que de su ignorancia se deriva su falta de opinión sobre la guerra, le añadiré que hace muy bien en no tener opinión propia y en dejarse guiar por la de las personas que merezcan su confianza.

Pero el caso es que el cronista no se encuentra en la posición del presidente Wilson. El cronista sabe muy bien o, por lo menos, suficientemente, el por qué y el cómo de la guerra. Es obligación suya saberlo, puesto que desde que en enero de 1905 salió de España no ha tenido otra obligación que la de estudiarlos. Y de ello se deduce que su punto de vista tiene que ser necesariamente muy distinto del que contempla la guerra sin saber por qué se está peleando.

Al cronista le es imposible ver la guerra como una pelea confusa entre dos individuos malhumorados, porque sabe perfectamente que uno de los dos individuos ha agredido al otro, se estaba preparando para la agresión desde hacía largos años y dió el golpe en el momento elegido de antemano y con el propósito evidente y deliberado de apoderarse de los bienes del otro y sin otra razón que la de creerse más fuerte. A juicio del cronista, estas afirmaciones son indiscutibles, y ahí están para probarlas los documentos oficiales de una y de otra parte.



Póngase el lector en el caso del cronista. ¿Sería la misma su actitud ante la guerra en el caso de hallarse convencido de que uno de los contendientes preparó deliberadamente la agresión con el propósito de apoderarse de los bienes del otro? ¿Podría justificar el lector su indiferencia si en vez de tratarse de grupos de naciones se tratase de vecinos suyos y supiese a ciencia cierta que uno de ellos había concertado la agresión contra el otro con fines de codicia?

Lo que entonces sería posible y legítimo es que se abstuviese de intervenir en el conflicto. El desfacér entuertos es virtud eminente de Quijotes y de altos caballeros; pero no es deber obligatorio para todos los hombres, porque no podrían cumplirlo sin abandonar otros deberes quizá más urgentes, como el de ganar el pan que la familia necesita. Lo que entonces no sería posible es que el lector—si es persona de recta inclinación—subtrajera su simpatía a aquel de los vecinos que luchase en defensa de su derecho. Y en ello entraría parte de egoísmo. Ya lo dice el proverbio: “Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas a remojar.” En un mundo donde el derecho no se garantice, hay muchas probabilidades de que los derechos nuestros no sean respetados.

El cronista comprende muy bien que el igno-

rante se abstenga de formar juicio. Lo que pide es que nadie se asombre de que el cronista haya formado personalmente juicio. Lo ha formado porque no es ignorante en este asunto. Se trata precisamente del único asunto en que no tiene derecho a ser ingorante.

Y se trata también de un asunto en que muchas, muchísimas personas no tienen derecho a alegar ignorancia. Porque cuando se discute la dirección de los destinos de la humanidad, la supremacía de la ley moral frente a la fuerza, la posibilidad misma del derecho internacional, la efectividad del derecho de gentes, la contingencia de que el mundo se constituya por medio de una familia de naciones, como la Hélade antigua, fuente de cultura, o por medio de la dominación de un solo pueblo privilegiado, como el Imperio romano, mortandad del espíritu, ¿no vale la pena de que los hombres cultos dediquen a la cuestión el tiempo necesario para formarse juicio?

Se puede alegar, mejor dicho, un individuo puede alegar, su condición de neutral, su condición de ignorante en un asunto, o que nada más tenga un aspecto para él individual, relativo, indirecto; pero esa alegación de ignorancia, esa alegación de neutralidad es en este caso sencillamente indiferencia, y la indiferencia es un estado negativo del individuo;

y cuando la sociedad encuentra esos individuos — obstáculos, estas resistencias quietas que dificultan su avance y desenvolvimiento las suprime o los aparta.

RAMIRO DE MAEZTU

(*Nuevo Mundo*. Madrid.)

---

Alivio para el espíritu, consuelo, ánimo, felicidad, todo esto se puede encontrar en una buena biblioteca, con tal que se posea la llave de oro que abre la puerta misteriosa. Una biblioteca es un palacio encantado, es la región de la paz, el sol sereno después de la tempestad; es el paraíso terrestre, el jardín del Edén, con la diferencia que no hay ningún árbol cuyos frutos nos estén prohibidos. El árbol del conocimiento sobre todo no nos está vedado. ¿Por qué lo estaría? Sus frutos no dan la muerte, sino la vida. En una biblioteca encontramos la historia de la humanidad, la descripción de todos los países del mundo, los relatos más interesantes, los poemas más admirables; oímos hablar, vemos obrar y vivir a los grandes hombres de Estado, los poetas y los filósofos, aprovechamos de sus pensamientos, participamos de su vida íntima; nos deleitamos en contemplar las más bellas creaciones del genio de la humanidad.

J. LUBBOCK,  
*Naturalista inglés.*



## La ironía de la guerra

**D**ESDE las rudas épocas sin nombre  
en que iniciando la mortal cosecha,  
se entrecruzaron para herir al hombre  
el primer arco y la primera flecha,  
quiere el acaso que la cruz presida,  
visible, todo bélico episodio,  
y pase por el campo fratricida  
vinculada a la muerte, siendo vida,  
y siendo amor, aparejada al odio.

Cuando el armero, artífice suicida,  
ha forjado el acero sanguinario  
—calvario del derecho y la cordura,—  
le da el sello final a ese calvario  
al cincelar en cruz la empuñadura.  
El monarca brutal, de sueños rojos,  
que asalta el bienestar de las naciones,  
antes de entrar en lid, puestos los ojos  
en la efigie del Dios crucificado,  
la invoca ante sus crédulas legiones  
y santigua con ella el atentado.



La cruz, erecta y aguzada en lanza,  
corona el pabellón—precoz sudario  
del regimiento que a la muerte avanza.  
En pleno horror, cuando el clarín decreta  
que el adversario aborde al adversario,  
trábase con la oblicua bayoneta  
la bayoneta oblicua; y bruscamente,  
en vértigo de choques y de luces,  
inunda la batalla una estridente  
y brilladora tempestad de cruces.  
La cruz irradia en la encontrada estela  
de las granadas que la noche hienden  
en pos del aeroplano—cruz que vuela;  
abre pávidamente sus dos brazos  
en los brazos labriegos que se tienden  
al vencedor; desplómase en pedazos  
de la torre de Dios, cuando formula  
contra ese Dios sus cláusulas herejes  
la cruz monstruosa que el cañón simula,  
acostado al través sobre sus ejes;  
espanto de comarcas significa  
si urdida por dos fémures rubrica  
el morrión negro con su albor de escarcha;  
traduce violación si la genera  
con la línea neutral de una frontera  
la línea hostil del invasor en marcha.  
Y así que sobre el mundo oscurecido

la paz—sol de las ruinas—amanece,  
la cruz, colgada al pecho endurecido  
del centurión, se olvida de que ha sido  
amasada con sombra, y resplandece !

Tal es el triste menester que llena  
en el febril taller de la matanza  
—sarcasmo usurpador—la cruz serena:  
la cruz, cifra de amor y de bonanza;  
sublime intersección de la esperanza  
que sube y de la gracia que desciende;  
incógnita accesible que comprende  
cuanta verdad el ánimo ambiciona;  
¡ la cruz !—figura erguida en la tormenta,  
que con su rasgo vertical orienta,  
y con su rasgo horizontal perdona.

¡Porqué entonces la insignia del cristiano,  
ya que la torna en gladio la refriega  
no arma, bañada en claridad, la mano  
del algún arcángel vengador, y siega  
tal como siega el huracán las hojas,  
de un solo golpe a sus rivales rojas?  
¡Porqué, volcada ante la santa ermita,  
que la metralla convirtió en escombros,  
con sus brazos abiertos se limita  
a eternizar el gesto del asombro?  
¡Porqué el fragor salvaje de la tierra

su extático silencio no importuna?  
¿Qué causa, misteriosa cual ninguna,  
su tolerancia infatigable encierra?  
¿Acaso entre las cruces de la guerra  
hay una sola de su estirpe?

Hay una:

La bendicen los labios de la herida.  
Su ardiente efigie el estandarte sella  
que agitan los cruzados de la Vida  
sobre la mortandad. Tórnanse a ella,  
como a la sierpe bíblica, los ojos  
que desorbita la tortura. En cada  
negro montón de agónicos despojos,  
—espigadora diligente—acecha  
el grano que la muerte fatigada  
dejó escapar de su febril cosecha.  
Tranquila destacándose en la bruma,  
parece, ante las restas de la espada,  
recordar que es el signo de la suma.  
Los votos de la madre y de la amada  
confluyen en su dulce encrucijada.  
Vuelta a los cuatro puntos cardinales,  
tiende, sin distinción de campamento,  
sus brazos divergentes y neutrales  
hacia la cruz de todo sufrimiento.  
Y frente a los sofismas del Violento,  
que se proclama justo porque es fuerte,

caritativo porque da la muerte  
y civilizador porque despoja,  
ella, es sofisma inverso y candoroso,  
se da el nombre de *cruz*, porque es reposo  
y porque es blanca se apellida *roja*.

Vedla ! Su aspecto alienta y pacífica ;  
ante el cuadro funesto, su relieve  
tiene una mansedumbre que réplica ;  
y tanto olvido de sus flancos llueve,  
que cuando tinta en aceptados ostros  
la candidez de su pendón despliega,  
brindando sombra idéntica a los rostros  
ayer opuestos, que el dolor congrega,  
se anticipa a lo lejos de un mañana  
en que ansiosa de paz la caravana  
se agrupe en torno de una cruz más pura  
y más cordial que su imperfecta hermana.  
Aquella cuyas líneas no empurpura  
el flujo del combate ; la que sana  
no la materia, sino el alma : aquella  
que en su simplicidad guarda la huella  
del Enviado que al mundo dictó un día  
su Testamento en que el Amor destella,  
¡ Y—divino aprendiz que no sabía  
signos humanos—lo firmó con ella !

ANGEL MARIA CESPEDES

(*El Literario*. Bogotá.)



# Conversando con los maestros

## I

### MODERNICEMOS NUESTRAS ESCUELAS

La historia de la escuela puede resumirse en tres palabras que señalan respectivamente la Edad Antigua, Media y Moderna de la enseñanza: OIR, VER, HACER. Durante largos siglos toda la instrucción se redujo al MAGISTER DIXIT, esto es, a la lección oral del profesor y a la impresa en las obras de texto: el oráculo hablaba y los niños OIAN con los ojos cerrados. Se les permitía aprender de memoria en los libros, pero había uno vedado para ellos: el de la Naturaleza. Ni siquiera los maestros se atrevían a abrir esa terrible caja de Pandora, ni había para qué, puesto que sus secretos habían sido revelados a los profanos por los sabios de la antigüedad. Eran entonces los profesores fonógrafos grandes de invariables cilindros, que a su vez grababan en millones de fonógrafos pe-

queños los mil errores y absurdos perpetuados por la tradición. Vino el Renacimiento a ensanchar los horizontes del espíritu, vino la Reforma a poner en libertad las conciencias, y la vana ciencia palabresca fue sustituida por la observación y el análisis. Ya no se cerraban los ojos ante los fenómenos, ya no se temía hojear el misterioso libro de la Naturaleza, y su contacto con las jóvenes inteligencias produjo entonces un progreso asombroso.

Los grandes pedagogos del siglo XVIII y principios del XIX iniciaron la revolución que trajo como consecuencia el triunfo del método intuitivo; a la teoría sucedió la experimentación, a la lección oral la observación directa, a las palabras los hechos, y a la rutina los métodos racionales y prácticos empleados actualmente.

De pocos años acá se ha echado de ver que el método intuitivo—tal como se practica generalmente—tampoco satisface ya las exigencias de la educación moderna, ni armoniza con los últimos adelantos de la psicología. En efecto, el niño ha continuado siendo el mismo ser pasivo de antes, la misma caja en que el maestro va guardando cuidadosamente empaquetados y rotulados los conocimientos. Asistamos por ejemplo, a una lección en la escuela primaria. El

maestro o maestra toma un objeto, casi siempre representado en un cuadro mural, y hace observar su forma, color, las diferentes partes, los usos, etc., de acuerdo con un plan preconcebido y con las nociones más o menos falsas que sobre él posee. El niño atiende a la explicación con un interés más o menos sincero, y al final de la lección resume como puede los conocimientos suministrados por el profesor.

Asistamos a una clase de física o de química en los colegios. El profesor, colocado detrás de sus retortas, explica la reacción del ácido sulfúrico en contacto con el agua y el zinc, prepara el hidrógeno y hace con él dos o tres experimentos que los alumnos presencian con la curiosidad que despiertan las suertes de un prestidigitador y hasta creo que a veces se sienten tentados a aplaudir cuando todo resulta bien.

Sin duda que estas clases de VER suponen notable adelanto comparadas con las clases de OIR; pero las cosas pasan de otro modo en la escuela de HACER. Véamos por ejemplo, cómo procede el profesor I. Eaton Feasey, de Sheffield, en su "Escuela al aire libre". Para dar una lección sobre la presión atmosférica lleva a sus alumnos a un patio en donde hay una pila o un tonel y les propone que busquen la manera de

pasar el agua por sobre una tapia para regar la huerta vecina. Los deja ensayar los medios que se les ocurran (y a veces tienen los niños invenciones admirables), y por último, con ayuda de una manguera les va sugiriendo el empleo del sifón, dejando para después, cuando estén en el aula, la explicación científica del fenómeno, explicación que nunca se da antes de discutir la propuesta por los alumnos. (\*)

Más adelante insistiré sobre estas escuelas modernísimas; por ahora sólo diré que las nuestras se hallan en su mayor parte en la Edad Antigua, en la de OIR, como las he llamado, y las menos en la Edad Media, en la de VER. Citaré algunos hechos observados por mí. En el examen de una escuela preguntó la directora a una niña: "¿de qué color se ven las montañas lejanas?"

—"Rosadas", contestó la interpelada, lo que le valió una reprensión de la maestra, pues según ella, se ven azules. Era en la tarde, y la niña al contestar había mirado por la ventana cerca de la cual estaba yo sentado. Miré también y en efecto, las montañas de Barba tenían un

---

\* Véase el artículo "La educación al aire libre", del profesor I. Eaton Feasey, reproducido en el n.º 90 de esta revista, correspondiente al 1.º de marzo ppdo.



tinte rosado. La niña no se atrevió a protestar, y yo... yo me pregunté qué entienden nuestros maestros por enseñanza objetiva. Después lo comprendí todo cuando vi en una de las escuelas más reputadas de la capital este cartel con grandes letras: "No nos fiemos de nuestros sentidos, porque nos engañan". En ambas escuelas, pues, no se reconocía más autoridad ni más criterio que el MAGISTER DIXIT.

El año pasado, yendo una mañana a mis clases del Liceo, encontré en una de las calles vecinas, "en la parte más baja de la ciudad", un grupo de niños formados a lo largo de la acera, a quienes la maestra preguntaba: "San José está en un valle o en una colina?" "En una colina", contestaron varios, mientras los demás contemplaban el agua del caño o arrojaban piedrecitas al mismo. Proseguí mi camino, pensando qué interesante habría sido la lección desde la azotea del Colegio de Señoritas o desde el Parque Nacional. Por la misma época oí sin querer una lección de geometría. Me detuve cerca de la ventana de una escuela, aguardando a un amigo, y escuché la explicación de la maestra, que por medio de rayas en el tablero se esforzaba en hacer comprender la diferencia entre líneas horizontales e inclinadas, repitiendo varias veces la

definición aquella de "la que viene de derecha a izquierda sin inclinarse", etc., exactamente como me enseñaba don Félix Pacheco cuando era mi maestro en la Escuela del Norte. Después de veinte minutos de vanos esfuerzos la pobre señorita no consiguió su objeto, a juzgar por las disparatadas respuestas de los escolares y las reprensiones que les dirigió.

Cito estos casos porque son de mi propia experiencia; pero creo que los señores Inspectores habrán podido observar centenares de hechos análogos.

## II

Cuando voy por las mañanas al Colegio de Señoritas paso frente a una escuela pública que me sugiere amargas reflexiones. Es una casa particular con salas no muy grandes, escasa luz y menos aire, en la cual se alinea un centenar de pajarillos clavados en los pupitres. Pienso entonces que si lo mismo ocurre en otros países, presiso es confesar que la evolución pedagógica ha quedado muy rezagada con relación, a los demás ramos de cultura.

¿Cómo es posible que nadie haya echado de ver lo absurdo, lo antinatural y antipsicológico del procedimiento? ¿Cómo es posible que no se haya procedido inmediatamente a convertir

la ESCUELA-PRISION o si se quiere, la ESCUELA-CUARTEL, en la ESCUELA-HOGAR, organizada de acuerdo con la psicología del niño y con los fines que debe proponerse una educación verdaderamente nacional?

La guerra europea, en medio de sus horrores, ha echado por tierra muchos prejuicios y desacreditado cosas que se creían inmejorables; y así como demostró la inutilidad de las antiguas fortificaciones permanentes, ha puesto en evidencia la necesidad de dar a la educación un carácter más práctico, más libre, que no ponga trabas a las iniciativas y despierte en cada cual la conciencia de su libertad, de sus derechos y de su eficiencia.

Hoy ya no se piensa en alojar a los escolares en suntuosos edificios; bien está que el cantón suizo de Lausana muestre con orgullo al viajero los espléndidos palacios destinados a sus niños, prueba elocuente del entusiasmo con que allí se mira la educación de los futuros ciudadanos; pero esos palacios son siempre prisiones, JAULAS DORADAS, si se quiere. (El Dr. David Quirós tiene un proyecto de pabellones escolares que me parece excelente: pero no sé si alguien se ha dignado estudiarlo.) Cuando se piensa que la mitad de los niños de la república son analfabetas



y que aun en la capital se cuentan por centenares los que no reciben instrucción alguna; cuando se piensa que en la Escuela Normal de Heredia se invirtió más de medio millón de colones, en vez de concluir con cuarenta mil el edificio que ocupaba el Liceo y destinar quinientos mil para abrir DOSCIENTAS ESCUELAS más; cuando se piensa que en las escuelas de San José se gastaron miles en vana ornamentación, en lugar de invertirlos en la adquisición de nuevos locales; cuando se piensa en todo esto, repito, no sabe uno de qué asombrarse más: si del poco juicio de los que gobernaban, o de la culpable indiferencia y pasividad de los gobernados.

La escuela al aire libre tiene la ventaja de que no se requieren costosos edificios, sino un campo de alguna extensión, en el cual pasarán los niños la mayor parte del día, reservando las aulas para guarecerse de la intemperie y para los trabajos de escritorio.

Su lema es el siguiente: "No debe hacerse DENTRO del aula nada que pueda hacerse FUERA".

¿Por qué poner entre la Naturaleza y el niño las paredes de la escuela? ¿No es altamente ridículo estudiar en la clase un pájaro disecado o dibujado y reprender a los pequeñuelos porque



se distraen observando al través de la vidriera las golondrinas posadas en el alero? ¿No es absurdo hablar en clase de las medidas longitudinales y superficiales, en vez de hacer en el campo medidas reales de distancia, calcularlas a ojo y ver cuál alumno se aproxima más, comparar sus pasos, etc., etc?

Algo de esto dije en otra ocasión, cuando referí cómo había enseñado a un niño de ocho años la tabla de multiplicar por medio de un cuadro de lechugas.

Lo mismo puede decirse de la geometría, geografía, ciencias naturales y otras materias.

Hay más aún: "la escuela al aire libre" tiene también por lema tratar de cosas relacionadas con la vida ACTUAL del niño, no de aquellas que se enseñan so pretexto de que han de servirle cuando sea hombre.

El Departamento de Educación de los Estados Unidos se ha pronunciado abiertamente en contra del sedentarismo escolar y contra la enseñanza uniforme y mal dosificada que no toma en cuenta la personalidad del niño.

Los niños no DEBEN ni PUEDEN estar sentados largo rato, porque eso es contrario a su naturaleza, porque no pueden atender cuando se les obliga a permanecer en esa posición vio-

lenta, porque la falta de movimiento retrasa su desarrollo y les produce varias enfermedades y porque se acostumbran a la pereza y a la pasividad.

Por otra parte, ¿cabe mayor absurdo que pretender ingerir en tantos cerebros diferentes una misma cantidad de ciencia, empleando idénticos procedimientos?

Los yanquis, con su admirable sentido práctico, recomiendan y emplean ya en sus escuelas aparatos reservados antes a los laboratorios de psicología, tales como el ergógrafo, el miógrafo, el esfigmógrafo y otros que permiten apreciar la cantidad de trabajo que puede realizar cada niño y la de impresiones que puede recibir. Esto es proceder de un modo racional y científico. ¿Cuándo entraremos nosotros por esa vía, abandonando la que conduce al pedantismo pedagógico?

### III

“Nuestras escuelas ni instruyen ni educan”—decía yo una vez en mi revista “La Educación Costarricense,” no instruyen, porque las nueve décimas partes del personal docente carecen de la preparación necesaria; no educan, porque es materialmente imposible observar, estudiar, comprender y dirigir con eficacia a cuatro o cinco

docenas de niños desconocidos, cuando una sola es demasiado para los mismos padres de familia.

La primera dificultad puede obviarse pagando mejor a los maestros, asegurándoles el porvenir y preparándolos más seriamente en las escuelas normales; la segunda multiplicando las escuelas, subdividiendo las clases muy numerosas y fomentando la creación de colegios privados.

Yo no comprendo nuestra tendencia centralizadora en materia de enseñanza, ese afán de amontonar en cada establecimiento centenares de niños, ni ese orgullo con que dicen sus directores: "este año tengo cuatrocientos alumnos matriculados".

Por qué no repartirlos en tres o cuatro escuelas, dejando así más campo a la iniciativa individual?

Maestros subalternos conozco yo más competentes que sus directores, y directores más capaces e instruidos que el inspector cuyas indicaciones se ven obligados a seguir. Déseles a unos y otros más libertad de acción, y la enseñanza ganará un ciento por ciento.

Prueba elocuente de lo que digo es que de algunas escuelas rurales que por su alejamiento se libran un tanto de la tiranía oficial, han salido laudables iniciativas y progresos que no se observan en las ciudades.



Repartidos los niños en grupos más pequeños, es posible ya "la escuela al aire libre", o la "escuela-hogar" que propuse yo hace nueve años, de la cual es un tipo—aunque todavía muy incompleto— la "Escuela de Agricultura" fundada por don Luis Cruz Meza.

En esa acción sin trabas ejercida por un maestro competente y digno de la confianza de las familias estriba la superioridad de la educación inglesa, modelo para todas las democracias, cuyo ideal no es fabricar soldados autómatas, ni instrumentos fundidos en un mismo molde, sino verdaderos HOMBRES en el sentido más hermoso y elevado de la palabra.

Y ahora vengamos al capítulo de los reproches, porque tengo que hacer algunos a los encargados de la enseñanza.

Hay entre el personal docente maestros magníficos que podrían hacer lucido papel en cualquier país más culto que el nuestro; pero no sé si por pereza o por otros motivos no ejercen sobre sus colegas ni sobre la educación nacional la influencia bienhechora de que son capaces. Los Centros de Instrucción y Recreo tienen por objeto sólo lo segundo, a juzgar por las fiestas, veladas, bailes y paseos que organizan: no tengo noticia de que allí se discutan con frecuencia



nuestros problemas educativos, ni se comenten libros o periódicos extranjeros, ni se propongan innovaciones o reforma de ningún género.

Por qué no se asocian los maestros? Por qué no forman un cuerpo compacto y bien organizado que sirva de valla a las arbitrariedades y errores de personas incompetentes a quienes los azares de la política llevan a ocupar, mejor dicho, a profanar el sillón de don Mauro? Por qué se quejan de injusticias e irregularidades los maestros, si ellos las sancionan con su silencio?

Es preciso que esa inercia termine, que esa pasividad se convierta en energía, que desaparezcan las divisiones, y en lugar de Centros de Recreo se establezca la "Asociación Nacional del Magisterio", dispuesta a trabajar con entusiasmo, libertad y perseverancia en la patriótica obra de reconstruir el agrietado edificio de nuestra enseñanza.

Todos los que nos interesamos por ella prestaremos sin vacilar nuestro humilde concurso.

C. GAGINI.

---

*Una sociedad que admite la miseria y una humanidad que admite la guerra, me parecen una sociedad y una humanidad inferiores; yo tiendo hacia la alta sociedad, hacia la alta humanidad: sociedad sin reyes, humanidad sin fronteras.*

VICTOR HUGO

## El bien o el mal

*Las fuerzas que el hombre emplea,  
desde el hierro hasta la idea,  
santas o malditas son  
en el mundo, según sea  
del hombre la condición.*

*Según la idea sagrada,  
o el pensamiento mezquino,  
es la empresa realizada.*

*De acero se hacen la espada  
y el puñal del asesino.*

*Una noble y otra impura,  
si contra la vida atentan,  
hièren con mano segura,  
y las dos armas ostentan  
la cruz en la empuñadura.*

*Arma es criminal u honrada  
la idea del bien o el mal  
en el cerebro encerrada.*

*¡La virtud, de ella hace espada,*

*y el vicio, la hace puñal!  
Con su empuje sobrehumano,  
la dinamita al saltar  
ciega obedece la mano  
del hombre, noble o villano,  
que la quiere utilizar.  
Cuando el trabajo la toca,  
cede del martillo al peso,  
y al saltar con furia loca,  
horada la dura roca  
y abre el túnel del Progreso.  
Cuando la torpe ambición,  
busca una mano imprudente  
que provoque la explosión,  
hiere y destroza a traición  
a la víctima inocente.  
Desde la idea inmortal  
al explosivo brutal,  
la fuerza indomable existe:  
¡Sólo en el hombre consiste  
emplearla bien o mal!*

JOSE JACKSON VEYAN

(Blanco y Negro. Madrid.)

## La afición a la lectura

Su importancia capital en el progreso de los pueblos  
Gravísimo defecto de la raza hispana

Se ha dicho y repetido muchas veces, aunque todavía no todo lo bastante, que la afición a la lectura es el signo más característico de la civilización de un pueblo, el amparo más seguro de las libertades públicas, la palanca más poderosa del progreso general y el amplio y luminoso sendero por donde la sociedad se encamina rápidamente a su propia consolidación, al culto práctico de los eternos principios de justicia, al desenvolvimiento de sus racionales energías y al cumplimiento de su alta misión sobre la tierra, sintetizada en la gloriosa realización de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello. Y bien sabido es que los despotismos absolutos de todos los tiempos, así como los mil errores políticos y sociales que han aquejado a la humanidad en todas partes, no han tenido apoyo más eficaz ni fundamento más firme que el analfabetismo de las multitudes, la exigüidad de la prensa y



la aversión a la lectura por parte de las clases dirigentes.

Rusia despótica no lee; mientras que Suiza es libre porque lee. Los 160 millones de súbditos rusos cuentan escasamente con mil periódicos, sujetos todos a numerosas restricciones, es decir, que por cada tres millones de habitantes, Rusia tiene cinco miserables periódicos; en tanto que la población de Suiza, que no alcanza más que a tres millones y medio de almas, cuenta con más de mil publicaciones periódicas. (A 1,100 alcanzaban el año pasado.)

¿Por qué los Estados Unidos, apenas constituidos en entidad soberana y aun desde la época misma del régimen colonial, emprendieron en la vía del progreso una acelerada marcha de triunfos admirables que las repúblicas hijas de España no han podido seguir sino con raras excepciones y al cabo de muchas décadas de penosa gestación? Varias y aun muchas pueden ser las causas y concausas que la sociología y la etnología puedan aportar como respuesta a esa pregunta, pero para nosotros es indudable que entre ellas descuella, acaso en primera línea, la notoria disparidad que existe entre el pueblo angloamericano y las razas ibéricas con referencia a su afición a la lectura. Los anglo-americanos leen; y nosotros no leemos: somos por

naturaleza refractarios a la lectura, pese a nuestra vanidad y a nuestro orgullo.

Las virtudes que el pueblo de los Estados Unidos heredó de Inglaterra pueden haberse modificado mucho o poco, disminuirse, cambiarse y desarrollarse en diversos planos, pero es evidente que la afición a la lectura, poderoso sustentáculo de la democracia británica, arraigó aquí con gran vigor, y además de la emancipación con todas sus luminosas secuelas y del prodigioso engrandecimiento del país con todos sus portentos, produjo estas colosales empresas periodísticas que abastecen con espléndida liberalidad la avidez intelectual del pueblo, le aleccionan, le consuelan en sus vicisitudes, le estimulan para la defensa de sus intereses y le informan hora tras hora de lo que constantemente está ocurriendo en todas las naciones del Viejo y del Nuevo Mundo. Hace un año se publicaban en todo el globo 60,000 diarios y revistas, y de ellos ¡22,975 pertenecían a los Estados Unidos! ¡Más de la tercera parte! Como si la humanidad entera no tuviera más que 300 millones de almas ..

La ciudad de Nueva York, observada desde este punto de vista, parece una escuela ambulante o una inmensa biblioteca al aire libre. Los ferrocarriles subterráneos, los elevados, los tranvías de superficie, los ómnibus, todos

los vehículos del transporte urbano, son salones de lectura a todas horas del día y de la noche. Rarísimo es el transeunte que no lleva entre sus manos uno, dos o más periódicos o revistas cuyas páginas devora en el curso del viaje; y en cuanto a las señoras y muchachas de todas edades y condiciores, llevan, además, libros didácticos o de simple entretenimiento, que leen y anotan al margen con suma atención. Unas estudian, otras leen novelas, versos, cuentos o narraciones de viajes, pero siempre se entregan a alguna de estas lecturas después de haber examinado cuidadosamente uno o más periódicos de la hora en que se hallan. Aquí todo el mundo lee, y muy pocos se contentan con leer un solo periódico local.

Que los hispanos no leemos, se comprueba simplemente por el puesto rezagado que ocupamos en el concierto de la civilización, y a mayor abundamiento por la exigüidad de nuestra prensa, por la calidad y pobreza de nuestros autores y por nuestro inmenso número de analfabetas. Más de ochenta millones de almas componen el mundo ibérico, y difícilmente podríamos sacar de todo ese mundo cuatro docenas de periódicos diarios que llenen las condiciones de la prensa contemporánea! Ciertamente contamos con autores notables, pocos pero excelentes, y con



una chusma de escribidores que a diario dan trabajo a las imprentas; pero de todos esos autores, que contados en globo son relativamente muchos, los buenos morirían de hambre si pretendieran vivir de su pluma, y los otros comprueban con sus propios libros, llenos de vaciedades y de disparates, que no leen ni saben ni quieren leer. La mayor parte de los libros que se publican en nuestro mundo hispano, podrían llevar entre paréntesis este subtítulo: *Deja Fray Gerundio los estudios y se mete a predicador*

Los hispano-americanos recibimos de España esa funesta aversión a la lectura cuyos amargos frutos estamos saboreando. El eminente estilista e incomparable crítico don Juan Valera, tan admirado en toda la Europa como uno de los pensadores más egregios de su tiempo en el campo de la filosofía y de las letras, pasó toda su vida escribiendo, y precisamente en los días en que tenía la atención pública pendiente de su pluma, hizo esta declaración: "Yo por mi parte, confieso con humildad, que no he ganado aún con la literatura, durante toda mi vida, lo que necesito para vivir durante seis meses; y aun así, si algo he ganado, ha sido escribiendo de política en la redacción de un periódico.... Y no se me diga que es solo por nuestra incapacidad o flojera. Depende mucho del mez-



quino valor o precio en el mercado, de aquello que producimos comparado con lo que otros países producen. Aunque sea negocio particular mío, voy a poner como ejemplo el que yo quiera obsequiar a mi mñjer con un vestido bueno de Worth para baile. No es menester que el vestido tenga encajes riquísimos, ni salga de los límites de lo bueno para que cueste 8,000 reales (400 dólares). Ahora bien; yo he tenido la dicha de escribir una novela titulada *Pepita Jiménez*, que ha sido celebrada, que ha tenido grande éxito. ¿Podré comprar el vestido de Worth con el producto total de *Pepita Jiménez*? En manera alguna”.

El gran éxito de *Pepita Jiménez*, como el de los buenos libros que hoy se publican en España y en todo el mundo ibérico, se reduce a los juicios favorables y lisonjeros de la crítica, y de ninguna manera a un buen número de compradores. Cuatro críticos revisan el libro, lo aplauden o lo censuran, y el grueso de la edición se da de regalo a los amigos, a la prensa... y al depósito de trastos viejos. Si queremos un ejemplo más reciente de la triste penuria en que se consumen los grandes autores españoles por carencia de lectores, ahí tenemos a Pérez Galdós, el tan celebrado autor de los *Episodios Nacionales*, prez y orgullo de la raza. Ni España ni los países hispanos han tenido lectores para Pérez Galdós,

quien sintió caer sobre su corazón los hielos de la ancianidad, sin una peseta para atender a sus diarias necesidades, hasta el punto de que, hace cosa de dos años, los españoles residentes en Buenos Aires levantaron una subscripción pública para comprarle una casita en la Península... En cambio, aquí en Nueva York, donde todo el mundo lee, no se necesita haber conquistado un nombre ilustre para alcanzar la venta de un libro. Una muchacha aficionada a escribir escribe una novela, la muestra a sus amigos, la lleva con algunas recomendaciones al editor o la imprime y edita por su propia cuenta. La novela circula apenas publicada, y al poco tiempo resulta que es mala, que no ha gustado, que no es digna de una segunda edición. He aquí un fracaso que para cualquier autor español sería un triunfo, porque el público no condenó la obra sino después de leerla y la muchacha recibió cuarenta o cincuenta mil francos como precio de su vana tentativa.

Si la prensa es mala entre nosotros es porque los lectores son peores. Un zapatero, un sombrerero, un sastre, un artesano cualquiera se establece entre nosotros, y cambia fácilmente sus productos por oro acuñado. A nadie se le ocurre que el tal deba repartirlos gratis entre sus amigos. Pero funde usted una publicación periódica, entregándose en

cuerpo y alma al trabajo de defender y fomentar los intereses de la comunidad, de educar a las multitudes, de estimular las diversas actividades humanas, de difundir los conocimientos que han hecho la felicidad de otros pueblos, de llevar a todas las inteligencias las últimas conclusiones de la ciencia, los últimos modelos del arte; y verá cómo su producción mental no alcanza valor proporcionado. El zapatero hace zapatos para la gente que acostumbra calzarse; el escritor ha de escribir para los que acostumbran leer, y con ser éstos tan pocos entre nosotros, pretenden muchos que se les abastezca de balde, porque cada lector hispano es un *autor*, y como tal, como *colega* del periodista, ha de recibir gratis la publicación periódica y prestarla luego a sus amigos y conocidos. La fuerza muscular del artesano vale entre nosotros, mucho más que el diverso trabajo mental, la ilustración y la potencia intelectual del escritor. Ni siquiera el capital efectivo que emplea en prensas y oficinas un competente periodista, alcanza los intereses corrientes del mercado.

En resumen, el atraso, la pobreza y la general debilidad de nuestros pueblos hispanos, reconocen como causa primordial nuestra aversión a la lectura. No leemos y por eso no sabemos; no sabemos y por eso, como



dice el mismo don Juan Valera arriba citado, "nuestros muebles, nuestras camas, las sábanas con que nos cubrimos de noche, la pluma con que escribimos (cosas que nadie lee), el cuchillo con que partimos nuestra comida, la vasija en que nos lavamos, casi todo es francés, alemán o inglés, adquirido con el producto de nuestra tierra."

P. FORTOUL-HURTADO

(*Revista Universal*, Nueva York.)

---

### En honor de Salvador Rueda

Por acuerdo emitido por el Presidente de Méjico, los gastos de viaje del poeta malagueño don Salvador Rueda, que actualmente visita ese país, correrán por cuenta del Estado y se harán por medio de la Dirección General de las Bellas Artes. El poeta, que en la segunda semana de marzo estuvo visitando los Estados del Norte, permanecería unos días en Guadalajara, y después pasaría a la capital, en donde la Dirección General de las Bellas Artes preparaba en su honor una velada literario-musical y una excursión a San Juan Teotihuacán. Al mismo tiempo, los estudiantes universitarios de la metrópoli preparaban otra velada, que se juzgaba iba a constituir la nota más simpática de los festejos al poeta.



# Una carta

San José, 22 de marzo de 1917.

Señor don Alfredo Greñas.— P.

Estimado señor mío y amigo:

Devoto lector de su "Ariel", vengo a felicitarlo por la selección del último número, debido a la pluma sapiente de su coterráneo Galindo. No soy, ni podría ser, enemigo de las glorias francesas. De ese país, en cuya luz de permanente aurora han bañado sus alas todas las águilas del pensamiento universal, admiro muchos genios; pero nunca he podido convenir con el concepto mentido que nuestras gentes tienen del primer general francés.

Por ese camino, "Ariel" no caerá del concepto a que lo había llevado el virtuoso García Monge, y Ud. hará potente obra de cultura nacional. Lo saluda afectuosamente su amigo,

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO.

Muy satisfactoria es para nosotros la aprobación que el señor Albertazzi Avendaño hace de nuestra labor, y su carta es una voz de aliento que apreciamos debidamente. Por lo demás, no aspiramos a que *Ariel* se mantenga a la altura a que lo llevó el señor García Monge, pero al

menos procuraremos hacer obra útil y tendenciosa en el sentido de las ideas que profesamos; y los que conocen nuestra labor de más de diez y siete años en el diario "La Prensa Libre", saben que no nos separamos de esa línea, que es la que nos hemos trazado siempre que hemos trabajado en el periodismo.

## Libertando la enseñanza

Hacíase necesario divorciar a la educación pública de las añagazas de la política: preciso era que las escuelas — desde la primaria a donde el niño llega como maleable barro del que el maestro ha de formar al ciudadano y al pequeño iniciado en la lucha por la vida, hasta la superior, universitaria o comercial, o de artes manuales, — se hallaran aparte de las veleidades de los ministros, de las protecciones de los ministros, de los ideales personalísimos de los ministros y dependieran de cuerpos consultivos o de personalidades que se encontrasen ligadas, lo menos posible, con los compromisos y exigencias políticos. Además, dada nuestra forma federativa de gobierno, no cabía dentro de ella un cuerpo centralizador como tendría que haberlo sido un verdadero Ministerio de Instrucción Pública para cumplir eficazmente con su misión. Y se zanjó de plano la cuestión, suprimiendo la Secretaría.

(Comentario de *El Imparcial*, de Méjico, de 2 de marzo ppdo., al acuerdo del Congreso Constituyente de ese país, que suprimió la Secretaría de Instrucción Pública.)

## La poesía del recuerdo

**D**OÑA Hormesinda, la vieja hermana del conde, aproximábase al ocaso de la existencia sin haber jamás experimentado las dulces inquietudes amorosas. Vida monástica fué en realidad la suya, reclusa siempre en el castillo roquero de su padre, heredado después por su hermano D. Nuño; única hembra de la familia, desde que su progenitora falleciese, no tuvo más compañía que la de una dueña vetusta, que al fin murió. Y mientras los hombres guerreaban en luengas tierras, defendiendo contra el sarraceno los prestigios del Lábaro, ella, la triste, la solitaria doña Hormesinda, recostada en su blasonado sitio, cabe la ojiva de la torre del homenaje, hilaba copos y más copos de nivea lana, contemplando añorante la verde campiña que dilatábase ante sus ojos, y oyendo la ronca salmodia del oleaje que parecía entonar endechas de bárbara poesía....

Una noche,—¡ cuánto tiempo hacía de ello!, ¡ casi una larga vida!—las endechas no sólo surgieron del mar embravecido, sino de labios de un bardo errabundo, que proferíalas a los acordes de armonioso laúd. Hormesinda dió a su dueña, y ésta al jefe de la guardia del castillo, las órdenes oportunas para que el cantor fuese

albergado en la nobiliaria mansión. Y en tanto la luz del día avecinábase, la hermosa castellana no pudo conciliar el sueño pensando en aquella inesperada aventura, única que hasta entonces rompiera la monotonía desesperante de su vida. ¡Era el amor, tal vez, que llegaba a su puerta!

Vino el día, alumbró el sol... y ante la luminaria de sus rayos implacables, los rosados ensueños de la dama desvaneciéronse prontamente. El bardo errante, el cantor poético, lejos de ser el apuesto mancebo que ella imaginara en su optimismo, era un pobre corcovado, de piernas tortuosas y horrenda faz.

El desencanto de Hormesinda fué enorme: despechada, volvió la espalda al ogro sin dignarse corresponder a su ridículo saludo, e hizo que un escudero le pusiera al lado de allá del levadizo puente; llorando de rabia regresó a su ojiva, en la torre del homenaje, y sentándose en el sitial que siempre la cobijaba entre sus brazos, dejó correr las lágrimas de su amargura, mientras una próxima clepsidra desgranaba las horas de aquel día triste.

Así llegó la noche. Y a su conjuro, nuevamente la canción del bardo dejóse oír. Era una sentida trova,—muy romántica, muy doliente,—en que el poeta mostrábase flechado de amores por la hermosa castellana, y, dolorido por su esquivez, marchaba lejos, muy lejos, en pos de los cruzados de Pedro el Ermitaño, para buscar en la gloria guerrera el lenitivo a sus males de amor.

Hormesinda, subyugada por la belleza del cántico, suspiró: ¡lástima que tan dulce endecha



surgiese de tan horrendo galán! ¿No habrían parecido error sus ojos aquella mañana? Instintivamente apoyóse en el alféizar y miró... ¡No, no estaba equivocada! A la luz de la luna, con ser tan dulces sus rayos, aún resultaba el juglar más deforme, más grotesco, más repulsivo... Huyó del ventanal, por no oírle. Y formóse el firme propósito de olvidarle.

Nunca más volvió a tenerse noticia del galán corcovado que una noche hizo palpar de ilusión el pecho de Hormesinda, defraudándole después con su presencia. Nadie habló más de aquel huésped de pocas horas, que no dejó huella ninguna de su efímero paso por el castillo roquero. Sin embargo, la bella castellana no cumplió sus propósitos de olvido: lejos de ello, conforme pasaban días, y meses, y años, desde que el galán desapareciese, fuerza invencible compelióla a recordarle, más no como él en realidad era,—feo, corcovado, ridículo,—sino como ella le soñó antes de verle, como imaginaba encontrarlo cuando sólo había oído su dulce voz en el silencioso encanto de la noche.

\* \* \*

Y, al cabo de algún tiempo, el conde don Nuño, hermano de Hormesinda, aprovechando una tregua, regresó a sus lares. Y, prendado de bella dama que en sus correrías por otras tierras conoció, contrajo matrimonio, y fué dichoso en la coyunda, habiendo tres lindas hijas que labraban su felicidad y regocijaban con sus alegres gorjeos el vetusto castillo.

Y, en tanto, la triste, la desilusionada Hormesinda, agostada su belleza en la estéril soledad de su vida, continuaba un día y otro recostada en el blasonado sitial, cabe la amplia ojiva, hilando copos y más copos de nivea lana, tal vez creyendo escuchar alguna tarde, cuando el sol se ponía tras el rojizo horizonte, el suave punteado del laúd y las poéticas palabras de una trova.

\* \* \*

Y sucedió que las tres niñas crecieron, a cual más linda, más primorosa, más apetecible. Y llegó un día en que dejaron de jugar con sus muñecos de trapo, sintiendo inconscientes añoranzas. Y en vez de acudir a su vieja tía Hormesinda pidiendo las refiriese interesantes y medrosas consejas de hadas y endriagos, llegaron una tarde las tres,—Flora, Luz y Laura,—y rodeando el blasonado sitial de la hilandera perenne, una de ellas, Laura, la más chiquita, la más arriscada, preguntó de buenas a primeras a la anciana:

—Dinos, tía Hormesinda: cuando eras jovenzuela, ¿tuviste amores?

Doña Hormesinda dejó de hilar, como prueba de la honda preocupación que la pregunta inopinada la produjo. Y, enrojeciéndose tenuemente el marfileño pergamino de su cutis, respondió con una afirmación.

¡Ya lo creo! Amores tuvo, allá, muchos años hacía.

—¿Y era apuesto el galán que te enamoraba?

Doña Hormesinda dió un suspiro.

¡Vaya si lo era! Apuesto como pocos, y como pocos valeroso, y noble, y artista. ¡Qué trovanzas tuyas, cuando cantaba al pie del castillo! ¡Qué arrojo el que demostró en cien torneos! Su temeridad le perdió, pues ella le hizo encontrar la muerte luchando contra los infieles para rescatar de sus manos impuras el Santo Sepulcro de Nuestro Señor.

Y las tres niñas,—Flora, Luz y Laura,—se alejaron pensativas de la hliandera perenne, mientras ésta quedaba asombrada de todo aquello que había referido.... ¿Acaso lo improvisó para no confesar la monótona frialdad de su soltería? No: es que su mente había soñado mucho, y en un momento de inconsciencia, refirió como sucesos reales las quimeras de su imaginación.

\* \* \*

Desde entonces, el ideal de las tres niñas fué ser amadas por donceles que igualasen en cualidades y merecimientos a los de aquél que amó a doña Hormesinda, muriendo gloriosamente en Tierra Santa, y cuando Flora tuvo un adorador, guapo doncel, que pidió su mano, faltóle tiempo a la bella para preguntar a su tía:

—¿Era tan apuesto como éste el mancebo de quien fuiste amada?

Doña Hormesinda sonrió enigmática, moviendo en son negativo la cabeza. No: su amor valía más, mucho más que aquél. Y Flora, desconsoladamente, alejábase de su lado. Otro tanto

acaeció con Luz y Laura, al ser pretendidas por gallardos mancebos: la misma pregunta, el mismo gesto negativo, idéntica pesadumbre. Y cuando, en medio de solemnes ceremonias,—salves, torneos, alharacas, festines,—las tres uniones celebráronse simultáneas, en la frente de las jóvenes esposas, bellas como querubas, una arruguita marcaba el único pesar que entoldó tenuamente el horizonte de su dicha: el de no haber hallado un galán que igualase a aquel cuyo trágico fin la tía Hormesinda lamentaba siempre.

Así nos engaña la Vida, con cruel espejismo, mostrándose como al través de cristales de aumento el ficticio espectáculo de la felicidad ajena.

Y es que el Recuerdo se parece a la Esperanza, en que todo lo embellece y lo poetiza todo.

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA.

---

#### De teatro

Los hermanos Quintero han obtenido un nuevo triunfo con la adaptación a la escena, en magníficos versos, de la novela *Marianela*, de Pérez Galdós, estrenada, en diciembre último, en el Teatró de la Princesa, en Madrid.

“El triunfo estaba de antemano asegurado — dice el cronista de teatros don Luis Salado, — porque Pérez Galdós, en la novela, logró uno de los más rotundos y merecidos; y de los adaptadores, los hermanos Quintero, ya podía suponerse que harían con pericia exquisita la adaptación.”



# Los héroes de Verdún

Cómo murió el artillero Leblanc

Fué en Moulaville un domingo del mes de mayo de 1916. La batería de cañones de marina estaba de descanso en un bosque de los Altos de Meuse. Entre los artilleros, todos marinos, se hallaba Leblanc, sentado sobre un tronco y terminando una carta. Algunos momentos antes pasó un avión alemán, pero nadie lo había visto... De pronto empezaron a caer "marmitas".

—Vamos a entrar en la mina, exclamó el primer artillero.

Los marinos se dirigieron, pues, hacia la mina. Leblanc, que había querido terminar su carta, iba el último.

Se acercaban ya a la mina, cuando una salva de proyectiles de 150 cayó cerca del grupo. Sonó un grito débil y mucho tiempo después el ruido sordo de los pedazos de hierro quemado cayendo acá y allá... Leblanc se hallaba tendido por tierra, la mano izquierda sobre su vientre destrozado, el muslo abierto y el brazo derecho inerte, roto... Cuando quisieron levantarle la camisa de lana estaba completamente caliente y empapada de sangre. Entonces tendieron al marino con la cabeza sobre un palo y se fueron a

buscar apresuradamente al enfermero Lozacheur.

A su vez acudió el capellán acompañado del condestable de marina, Prigent, y todos guardaron silencio.

El capellán se sentó cerca del herido, le colocó la cabeza sobre sus rodillas, contra su pecho, contra la gran cruz de bronce que pendía de la cinta violeta, le acarició suavemente los cabellos y le hizo beber unas gotas de aguardiente. Luego, en voz baja, le habló al oído. Y Leblanc sacudía la cabeza lentamente, pero cuando el capellán dijo en alta voz: "Además tendrás la Cruz de Guerra y te irás al pueblo con licencia y ¿quién más orgulloso que tú? ¿Estarás contento ¡ah! muchacho?"

Leblanc se ruborizó y sin contestar fijó la vista en el vacío con un gesto vago, casi confuso, como uno a quien tratan de engañar... después, dirigiéndose al enfermero: "Oye, paisano, en el cortijo de Pehcreach, en lo alto de la costa, por el camino de Lanveoc... allí está la abuela... busca la manera de escribirle cuatro palabras para anunciarle... la cosa... con suavidad... y más tarde le llevarás esto..." Y su mano izquierda se crispaba sobre la carta manchada de sangre... ¡La misiva era para ella! "Vamos, hombre, ya irás tú mismo..." Leblanc sonrió de nuevo con la misma sonrisa de reproche: "Y tú, Guivarch, el encendedor, la petaca y los dos paquetes de tabaco para tí... y tú, Loussouarn, el cuchillo que hay en mi macuto, bajo la camiseta de recambio para tí... y tú..."

Pero, de pronto, una vibración aguda resonó. Prigent, que había acudido al teléfono, volvió corriendo. "¡Cada uno a su puesto, muchachos...!"

Los marinos se incorporaron. "Vamos, hasta ahora." "Hasta ahora, Leblanc, no te acobardes ¡he! Espera un poco, son "ellos", ya verás la que les damos."

Pero el herido gravemente respondió:

—Adiós, amigos.

Prigent, se acercó a su vez: "Hasta ahora, hijo mío." "¿Hasta ahora, dice usted? Dentro de diez minutos no existiré ya, adiós." Y dejando caer la cabeza sobre el pecho del capellán, cerró los ojos...

\* \* \*

Los artilleros desaparecieron bajo el "camouflage": la pieza levantaba lentamente su boca amenazadora. El capellán quedó solo con el moribundo...

De pronto cesó de orar.

La cabeza del herido se iba separando lentamente del pecho del capellán donde descansaba; Leblanc iba enderezando el busto y transfigurándose; las mejillas encarnadas, los ojos chispeantes como cuando le hablaban cariñosamente, y aquella pobre mano izquierda exangüe, con el puño cerrado y el brazo tendido, como si pidiera algo todavía... Una voz débil, cascada, balbuceaba un canto y algunas palabras: "¡Allons, enfants de la Patrie..." Y la voz se iba haciendo más fuerte, más clara, como para que la oye-



ran los camaradas en peligro y alentarlos; y los ojos resplandecientes bajo los párpados contraídos como cuando uno ve muy lejos... y la estrofa iba a terminar "L'etenderd sanglant est levée..."

Allá lejos, la boca del cañón se estremeció con un estremecimiento seco; una gruesa bocanada de humo amarillo verdoso; una detonación desgarradora y el gemido del proyectil que sale. Leblanc se estremeció también; sus ojos zozobraron; su cabeza cayó pesadamente sobre el pecho del cura y, sin poder gritar: "Aux armes...!" la voz del marino se ahogó en un estertor, quiso balbucear algo... y se apagó para siempre.

(Relato de *Le Figaro*)

### Historia anecdótica

La proclamación del rey de Polonia no podía hacerse sin el consentimiento libre e individual de cada uno de los miembros de la nobleza. Cuando la coronación de Ladislao, hermano del rey Casimiro, preguntó el primado a la nobleza, como era costumbre, si aprobaba la elección del nuevo monarca; pero, contra lo que la opinión general indicaba, hubo un simple gentilhomme que respondió negativamente. Preguntósele qué cargo tenía que hacer a Ladislao, a lo cual contestó diciendo:

—Ninguno; pero no quiero que sea rey.

Visto esto, se suspendió la proclamación. Entonces, aquel hombre extraño se lanzó a los pies de Ladislao y le dijo:

—Señor, quería saber si mi nación era todavía libre. Estoy contento: ahora sí os doy mi voto.